2013

LUIS CANDELA y ERNESTO NIETO

LOS CELOS DE LA CELES

O

TRABAJO Y ECONOMIA SON LA MEJOR LOTERIA

Casi sainete en dos actos, el último dividido en dos cuadros, estrenado en el teatro Martín de esta Corte el día 20 de octubre de 1923.

MÚSICA DEL MAESTRO

FRANCISCO ALONSO

Copyright, by Luis Candela y Ernesto Nieto, 1923

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1923

LOS CELOS DE LA CELES

O

Trabajo y economía son la mejor lotería

CASI SAINETE EN DOS ACTOS, EL ULTIMO DIVIDIDO EN DOS CUADROS, ESTRENADO EN EL TEATRO MARTIN EL DIA 20 DE OCTUBRE : - : : - : DE 1923 : - : : - :

MADRID
EDITORIAL BETICA
Pizarro, 14.
Teléfono, 20-31.-M.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países en los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvége et Hóllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO

Celes	Sra. Labrador.
Isabel	» Paisano.
Carmen	» Nacher.
Mercedes	Srta. Guzmán.
Señá Jesusa	Sra. Eximeno.
Paca	» Ruiz (C.)
Manuela	Srta. Vaquero.
Pescadora 1.ª	» Julia García.
Pescadoras	Srtas. Gutiérrez.
	» Ruiz.
	» Martitegui.
	» Guardón.
	» García.
	» Butier.
	» Fresnedes.
	» Cuevas.
Bandolera 1.ª	Carlota Paisano.
Bandoleras	Srtas. Butier.
	» Gutiérrez.
	» Martitegui.
	» Guardón.
	» Fresnedes.
	» García.
	» Calcinari.
	» Cuevas.
	» Gálvez.
	» Mendoza.
	» Vaquero.
	» Ruiz.
Bibiano	Sr. Rodríguez.
Don León	» Ibáñez.
Alambique	» Guillén.
Garbancete	» Ramos.
Cintilla	» González.
Sr. Ramón	» Couto.
Invitado 1.º	» Prieto.
Idem 2.º	» Perales.

INVITADAS E INVITADOS

608723

ACTO PRIMERO

La escena representa el interior de una cacharrería, en los barrios bajos de Madrid. Al fondo derecha, puerta a la calle; al fondo izquierda escaparate, delante del cual hay un mostrador practicable, con bomba aspirante, de las usadas para despachar petróleo, practicable también. En primer término izquierda, puerta que conduce a las habitaciones interiores. Derecha e izquierda, las del actor. Es de día.

Al levantarse el telón, Bibiano estará parapetado detrás del mostrado, esgrime la tapa de una tinaja a guisa de rodela y con ella para los diversos cacharros que su señora, la Señá Celes, le arroja furiosa, mientras le dice:

CELES. ¡Granuja!... ¡Charrán!... ¡Golfo! (*Esto con los últimos compases del preludio.*) (*Tirándole una cazuela*). Sal de ahí, canalla.

BIBIA. Cualquiera sale con lo expresiva que estás hoy.

BIBIA. Pues tú has de salir; y en cuanto te pille, este barreño te le encasqueto en la cabeza.

BIBIA. ¿En la cabeza? *(Deja la tapa de la tinaja en el mostrador y rápidamente empieza a llenar una medida de petróleo, para lo cual le da rápidamente a la bomba.)*

CELES. (*Asustada.*) ¿Qué vas a hacer?

BIBIA. Tomarme este petróleo y acabar de una vez con mi perra vida.

CELES. (*Amorosa.*) No; suicidarte, no. Sal de ahí; te perdono.

BIBIA. Eso dices siempre y luego, en seguida, te pones hecha una loca.

CELES. Es que los celos me trastornan, Bibiano.

BIBIA. ¡Tus celos son infundaos!

CELES. ¿Y los pellizcos que la dabas a la del 37, eran infundaos?

BIBIA. Eran... pa que se llevara dos soplillos en vez de uno; eso es lo que yo llamo coba comercial.

CELES. Bueno; pues menos coba, y sobre tóo menos pellizcos.

BIBIA. Pero ven aquí, gansa, ¿tú de qué te quejas?

CELES. ¡De que m'has salío más infiel que una cupletista!

BIBIA. ¡Ay!, ¡infiel! ¿Pero tú qué eras cuando yo te conocí?

CELES. Viuda.

BIBIA. Bueno; eso ya lo sé. Viuda de Donisio Pelánganez. Me refiero a tu estao como industriala.

CELES. ¡Ah; ya!

BIBIA. Como industriala, eras tú un trompo; una mujer que no entendía del negocio de la cacharrería, ni tanto así.

CELES. Eso, es verdá.

BIBIA. Me dolí de lo mal que marchabas; me presté a ayudarte y fundemos una sociedad. Dende entonces, en esta casa tóo ha sío pogreso.

CELES. Eso, sí.

BIBIA. Y pa estrechar más la sociedad, nos casemos, ¿no es verdad?

CELES. ¡Verdá!

BIBIA. Me metí en interioridades y bajo mi dirección lleguemos al auge; porque no

me negarás, que el día de la boda, te introduje dos mejoras en el local, que fueron de alivio: cambiar el rétulo de la fachá, y ponerle un lazo colorao a los soplillos. Hoy se llama la tienda: «Cacharrería Housse», y no antes que se llamaba: «Al estropajo».

CELES. ¡Siempre me estás echando en cara tus mejoras!

BIBIA. Lo que te dé la gana; pero siendo yo la cabeza del negocio, está mú mal que la tomes con ella y me la desconches con la frecuencia que lo vienes haciendo.

CELES. Pues tú tienes la culpa; en cuanto no mires a ninguna mujer más que a mí, esta casa va a ser un paraíso.

BIBIA. Pero mujer...

CELES. ¿Es que ya no te gusto?

BIBIA. ¡Más ca día!

CELES. Pues no se nota. Hay que ver como t'has vuelto pa mí..., ¿me encuentras fea?

BIBIA. ¿Fea tú?

CELES. ¿No procuro darte gusto en tóo?

BIBIA. Sí, mujer; pero es que...

CELES. ¡Es que ya no me quieres, Bibiano! (*Llorosa.*)

BIBIA. (*Aparte.*) Como guapa está que desvanece, pero yo no puedo... (*Va hacia ella.*) ¡Ea que no!, antes es mi negocio! (*Retrocede.*)

CELES. Me voy a la compra. (*Se pone un mantón alfombrado y coje una cesta.*) ¿Qué quieres de postre? (*Muy melosa.*)

BIBIA. (*Separándose.*) Algo que no empalague.

CELES. Está bien; tú sigue así conmigo, que pué que te pese. (*Mutis fondo.*)

BIBIA. (*Viéndola marchar.*) ¡Que pué que me pese!, pero si no estoy deseando otra cosa; si el día que este hogar l'empañes con el coqueteo, m'haces hombre. (*Mi-*

rando a la calle.) Arrea, hacia aquí vienen Alambique, el boticario con Garbancete y Cintilla. ¿Qué quedrán a estas horas? (*Entran Alambique, Garbancete y Cintilla. Alambique es un mancebo de botica que sabe de química un rato largo. Garbancete es sordo como una tapia, lo cual no le impide ser de ultramarinos. Cintilla es más ilustrado; se le nota al hablar que pertenece al ramo de sedería.*)

CINTI. (*Desde la puerta.*) ¿Hay autorización?

ALAMBI. ¿Se pué entrar?

BIBIÁ. Adelante muchachos, adelante. ¿Cómo estáis de salud?

ALAMBI. Saturaos, muchas gracias.

GARBA. ¿Qué dice?

CINTI. (*Chillándole al oído.*) Nos pregunta por la salud.

GARBA. ¿La del siete?

CINTI. No la del cuerpo.

ALAMBI. Que como estás.

GARBA. ¡Ah!, bien; muchas gracias.

BIBIA. Bueno, ¿qué sus pasa?, porque a mí me dá el corazón que sus pasa algo.

ALAMBI. Pues veníamos a ver si podía usted adelantar la hora del ensayo de la serenata, porque luego tié que hacer Garbancete y no pué venir.

BIBIA. Por mí podemos ensayar ahora mismo, pero sus advierto que como no lo hagáis mejor, la serenatita va a ser recontraproducente; porque en cuanto oigan vuestras novias lo mal que lo hacéis, sus dan calabazas.

ALAMBI. Usted exagera, Sr. Bibiano; ya nos va saliendo bastante afiná.

BIBIA. ¡Que te crees tu eso! Aquí el único que tié oído es el sordo.

GARBA. ¿Ensayamos o no?

ALAMBI. Que sí hombre, que sí. Es que nos estamos poniendo de acuerdo.

GARBA. ¡Ah!, bueno, bueno.

BIBIA. Sus ruego que pongáis atención, pues sentiría que saliera mal la serenata.

CINTI. Como que es muy bonita.

BIBIA. Poneros aquí en fila y no se os olvide ná de lo que sus tengo dicho. ¡Venga!

MUSICA

(EL CANTABLE EN LA PARTITURA)

Hablado

CINTI. Ya va saliendo.

BIBIA. No está mal, pero hay que matizar más.

GARBA. ¿Qué dice usted?

BIBIA. *(Chillándole.)* Que a ver si matizáis.

GARBA. (*Dispuesto a atizar candela.)* ¿Dónde?

BIBIA. En ningún sitio. No me explico cómo este tarugo pueda estar tan enamorao con lo sordo que es.

CINTI. Eso no empece, Sr. Bibiano. Se pué tener el corazón muy sensible y tener echa cisco la trompa de Eustaquio.

BIBIA. Y el morral ha tenío suerte, porque la Mercedes es preciosa.

ALAMBI. Tú, da las gracias al Sr. Bibiano, que te ha piropeao a la Mercedes.

GARBA. Muchas gracias.

BIBIA. No hay de qué. La chica lo merece igual que sus hermanas u sease, vuestras novias; las tres son muy guapas y muy salás.

ALAMBI. Sobre tóo la mía; la mía es un preparáo a base de cloruro de sodio.

BIBIA. ¿Y estás enamorao?

ALAMBI. Estoy hecho una cataplasma.

BIBIA. ¿Y ella te corresponde?

ALAMBI. ¡Por clasificación! Ahora que tié sus inconvenientes y el uno es que hablar con ella y bajar la venta, tóo ha sío lo mis-

mo, porque como la farmacia donde mancebeo, se distinguía por el punto que se les daba a las limonás purgantes; como las hago a ojo, y ahora el ojo no lo saco del perímetro de esa mujer, resulta que hay limonás que lo mismo le purgan a usté que le limpian los doraos del establecimiento.

BIBIA. De modo que tu novia te trae mochales.

ALAMBI. Completamente; sí señor. Me tié loco. Luego, ella lo sabe y abusa; ahora mismo estaba yo en la botica haciendo unos papelitos de antipirina, y mientras yo trabajaba, se ha puesto a gastar bromas con mi principal, ¡figúrese el papelito que yo estaba haciendo!

BIBIA. De antipirina, ya lo has dicho.

ALAMBI. De ridículo, sí que sí.

BIBIA. ¿Sigue oponiéndose Don León?

CINTI. Con todas sus fuerzas.

ALAMBI. Hombre, me se ocurre una cosa; usté que es tan amigo suyo, ¿por qué no le habla en favor nuestro.

BIBIA. No tengo inconveniente... pero vosotros me tenéis que hacer a mí otro favor.

ALAMBI. Hecho.

BIBIA. *(A Garbancente.)* Oye tú, ¿con cuál es con el que oyes bien?

GARBA. Con los dos; pero con este *(por el izquierdo)*, no me se va ni una.

BIBIA. Pues ponte aquí y escucha. *(El sordo se pone la mano en la oreja a guisa de bocina y ni pestañea.)* Escucharme también vosotros; yo intercedo con don León, si vosotros me ayudáis para que yo consiga una cosa que pa mí es definitiva.

ALAMBI. Hable usted.

BIBIA. Por razones que ahora sabréis, yo necesito que mi mujer, u seáse la señá Celes me la pegue antes de diez días, porque en el momento que yo la pueda co-

ger infraganti he resuelto mi porvenir.

ALAMBI. No lo entiendo.

CINTI. Para mí, como si hablase usted en esperanto.

BIBIA. *(Saca un papel del bolsillo y se lo da a Cintilla.)* Toma y lee; verás cómo ahora lo entendéis.

CINTI. *(Da el papel a Alanbique.)* Que lo lea este que le da más entonación.

GARBA. ¿Cuándo empieza a hablar el Sr. Bibiano?

CINTI. ¡Ya ha empezao!

GARBA. ¡Ah!, bueno; bueno. *(Sigue en la misma actitud. Alambique lee.)*

ALAMBI. «La Fidelidad Conyugal», sociedad de seguros para caso de extravío amoroso.» *(A Bibiano.)* ¿Y esto qué es?

BIBIA. Su nombre lo indica. Una sociedá, en la que dende qu'ingresé m'aseguraron que mi mujer no m'engañaría. Pagando un tanto al mes tiés derecho a que tu mujer sea más fiel qu'una romana, sin más qu'avisar cuando tengas una sospecha leve, u a lo sumo de pronóstico reservao, y la sociedá s'encarga de su vegilancia y demás acesorias. Que no ostante la cónyuge se descarrila y te la pega, pues la Sociedad te indeniza con un distintivo pa el ojal, y con un premio de cincuenta mil pesetas, que es la adición de mis ansias.

ALAMBI. Y aquí, lo qu'usté anhela son los diez mil duretes, ¿eh?

BIBIA. ¡Justo!

CINTI. ¡Qué inventiva!

ALAMBI. ¿Y cómo se las ha apañao usté?

BIBIA. Un día fuí sorprendido en la calle por el adjunto prospecto y me dije: ¡Mi porvenir resuelto! Me caso con una casquivana, m'aseguro y cobro la prima.

CINTI. ¡Si que es usté financiero!

BIBIA. ¿Qué se necesita pa el caso? No tener vergüenza, y yo me dije: pintiparao pa el concurso. Me fijo en la señá Plácida teniendo en cuenta lo veleidoso de su carazter, m'aseguro por varios amigos de sus expansiones amorosas y m'aseguro en la Sociedad yanki. Pero ha resultao que dende que nos casemos, mi mujer ha cambiao de rumbo y ahora navega camino de la virtud a toda vela.

ALAMBI. ¿Y usted?

BIBIA. ¿Yo? A dos velas.

CINTI. ¿Conque le es a usté fiel?

BIBIA. ¡Fielísima!

ALAMBI. Y eso a usted no le conviene.

BIBIA. Qu'ha de convenirme.

ALAMBI. Lo que usté ansía es que su señora s'adultere.

BIBIA. Tú lo has dicho, porque en cuanto yo demuestre que mi apellido s'encuentra lesionao, la sociedad yanki me larga los diez mil duretes *iso-fato*.

ALAMBI. ¿Y qué hay que hacer pa eso?

BIBIA. Conocida es de tóos la afición que don León, vuestro futuro suegro tié por la Lotería.

CINTI. Como que no hay extracción que no juegue por lo menos ocho o diez números.

ALAMBI. Además está abonado a dos fijos, y raro es el mes que no se le ve jugar con la frutera de la esquina.

BIBIA. Bueno, pues aprovechando esta pasión, y a que en la vida le ha tocao un céntimo, me s'ha ocurrío una tratagema. Hay que hacerle creer que mi mujer es mascota.

ALAMBI. ¡De primera!, siga usté.

BIBIA. Y demostrarle que aquel que juegue un décimo con mi costilla y logre antes del sorteo hacerla una caricia, resulta agraciao con un premio.

CINTI. ¡Diabólico, señor Bibiano!

BIBIA. Naturalmente qu'hay que hacerle creer qu'en cuanto mi mujer se percate de que lo de la caricia es un juego, la virtud de su mascotería se pierde.

ALAMBI. La combina de usté está ya vista: hacer que don León saque a medias un décimo con la señá Celes y presentarse usted cuando la vaya a tocar.

BIBIA. ¡Percatao!

GARBA. Pero ¿cuándo empieza a hablar el señor Bibiano?

CINTI. Ya ha acabao.

GARBA. ¡Ah! bueno; bueno...

ALAMBI. Pero convencer a nuestro futuro suegro de la mascotería de su señora, va a ser algo difícil.

BIBIA. Eso lo tengo yo previsto. Como ayer fué día de sorteo, esta mañana, antes d'abrir la administración d'ahí al lao, ya estaban esperando para cobrar cuatro o cinco afortunaos impacientes; les he brindao el favor de pagarles los décimos premiaos pa que no esperasen; y hélos aquí. (*Sacando unos décimos.*) ¡Premiaos con treinta pesetas cáa uno!

CINTI. ¡Es usté sagacísimo!

BIBIA. Tomar. (*Reparte los premios entre los tres.*) Cuando venga don León, y en el momento oportuno, penetrais en el establecimiento a decirme que sus han tocao y que los llevais con mi costilla. (*Garbancete, al recibir los décimos, saca del bolsillo una lista y empieza a consultarla.*)
Ya lo sabéis; si le engañamos soy el padrino cuando sus caséis con sus hijas.

GARBA. (*Que ha consultado la lista, dice aparte.*) ¡Anda qué primo! Si están premiaos con treinta pesetas cáa uno. ¡Hasta luego! (*Hace mutis sin notarlo los otros.*)

BIBIA. Como don León trague el anzuelo, dentro de dos meses habéis cambiao de estao.
(Mirando a la calle.) A propósito; aquí vienen las interfectas; yo me voy pa dentro; aquí podéis charlar sin que sus vea don León.

MUSICA

(EL CANTABLE EN LA PARTITURA)

Hablado:

ALAMBI. ¡Cuidao que estás guapa, Isabelita!
ISABEL. ¡Buen trapisonda estás tú hecho!
CINTI. (*A Carmen.*) ¿Tú has oído lo que han dao que hablar los amantes de Teruel?
CARMEN. ¡Anda; ya lo creo!
CINTI. Bueno; pues todo eso son aleluyas al lao de lo que vamos a dar que hablar nosotros... ¿Dónde me toca hoy darte el pellizco?
CARMEN. En ningún sitio; que ayer me hiciste daño.
CINTI. ¡Anda! déjame, que hoy no aprieto.
CARMEN. ¡Que no he dicho!
ALAMBI. ¡Que te digo que no!
ISABEL. ¡Que te digo que sí!
ALAMBI. Oye tú, Cintilla; mira lo que dice Isabel.
CINTI. ¿Qué dice?
ISABEL. La verdá; que el domingo os vieron en las Ventas con unas cocineras de juerguecita.
CINTI. Lo del domingo no fué juerga.
ALAMBI. Fué simplemente una escaramuza amorosa.
CINTI. Fué que nos encontremos a unas conocidas y nos dijeron que tenían sed.
ALAMBI. Entremos a refrescar en los Andaluces, y pidieron salchichón... luego un poco de queso.,.
CINTI. Y acabemos tomando chicharrones; to-

tal, que nos engañaron, porque lo que tenían era hambre.

ISABEL. Vosotros no tenéis que convidar a ninguna; ¡eso es!

CINTI. Mujer; la galantería no está reñida con el amor.

ALAMBI. Se pué ser amante y anfitrión; además que la culpa la tuvo éste.

CINTI. ¿Yo?

CARMEN. ¿Con que fuiste tú?

CINTI. Dí que no, mujer.

ALAMBI. Dí que sí; que empezó a decirme: mia que ojos tié la Patricia, la Patricia era una de las comensalas; mia como te mira; dila algo, y duro, y duro, y duro...

ISABEL. Bueno; total ¿qué?

ALAMBI. Total, tres duros... Quince pesetas que me costó la merienda.

CINTI. Lo mío no es cariño; raya en frenesí...

CARMEN. ¿A que no sabes de qué me enamoré de tí?

CINTI. De estos ladrones. (*Por los ojos.*)

CARMEN. Tú lo has dicho.

ALAMBI. Como que tú debías estar en el mostrador con gafas ahumás.

ISABEL. Pues a mí me chifló éste con sus versos.

ALAMBI. La poesía m'ha ayudao mucho en mis conquistas; ¡cuidao qu'habré hecho yo versos en este mundo! siempre que me daban una receta, antes de despacharla, la hacía por detrás un ovillejo, y además ponía notas a los enfermos en unas redondillas que pegaba en los frascos de las medecinas. Claro que esto no les aliviaba; pero, hasta que se morían, pasaban muy buen rato.

ISABEL. ¡Si es que son preciosos!

CINTI. A mí m'ha dicho don César, el médico ese que vive en el 12, que una vez tenía él un enfermo, y al leer un soneto que

le pusiste en unas cucharadas que le recetó, empezó a carcajadas...

CARMEN. ¿Y se puso bueno?

CINTI. No; se murió de risa.

ISABEL. Mejor es morir así que de un dolor.

ISABEL. Oye; ¿te acuerdas de aquellos versos que le hiciste a mi padre cuando tuvo el dolor y le mandaron aquellas friegas?

ALAMBI. ¡Vaya si m'acuerdo! Y de los dos bastonazos que me dió cuando salió a la calle.

ISABEL. ¿Cómo decían?

ALAMBI. Lo de tu padre era un ovillejo, y decía así:

¿Quién recomienda estas friegas?
Venegas.
¿Es Venegas buen doctor?
Sí señor.
¿Para qué sirve esta untura?
Pa la asaúra,
Si con ella te restriegas,
Verás que bueno te pones.
También sirve pa los riñones.
Es bueno; no hay que dudarlo.
Agítese antes de usarlo.

CINTI. ¿Y por esa composición poética te arreó los dos palos?

ALAMBI. En salva sea la parte. (*Por la cabeza.*)

CINTI. Yo comprendo que a éste le tenga rabia por lo de la untura, pero ¿y yo? ¿qué le he hecho yo?

CARMEN. ¡Ya, ya! ¡Qué desgraciados somos!

BIBIA. (*Entranda.*) Si no es por mí, qu'estoy al cuidao, os pilla don León.

ALAMBI. No, eso no; ¡caramba! que no nos vea juntos.

CARMEN. Pero ¿está ahí?

BIBIA. Sí; ha entrao en la lotería, y ahora vendrá aquí.

ISABEL. Maldita lotería; nos va a arruinar.

BIBIA. Salir por el patio, que por ahí no os vé. (*Señalando al lateral izquierda.*)

CARMEN. Bueno; hasta luego.

ISABEL. Y cuidao con las cocineras ¿eh?

ALAMBI. No hay cuidao; luego iremos un rato. *(Mutis Isabel y Carmen.)*

BIBIA. ¡Que en vosotros confío...!

CINTI. Por nosotros no pase usté cuidao.

BIBIA. Por vosotros, no; pero el que me tié en ascuas es Garbanceta. ¿Qu'habrá hecho con los décimos? Como los haiga extraviao me desluce el plan; ahí es ná: sesenta pesetas.

Garbancete viene elegantísimo y con dos grandes ramos de flores.

GARBA. ¿Se pué?

BIBIA. (*Yendo hacia él.*) ¿Y mis décimos?

GARBA. Premiaos... Gracias que me se ocurrió mirarlos en la lista; si no, los tiro y no los aprovecha nadie.

BIBIA. Pero ¿donde están?

GARBA. Los he aprovechao yo que güena falta me hacía. Ocho duros el terno; el honguito dos cincuenta na más; ¡ha sío una ganga!; un duro que llevo aquí en cuartos, pa el postín.

CINTI. Lo estrella.

GARBA. Estás de becerro mate. *(Enseña las botas).*

ALAMBI. Lo mata.

GARBA. Y lo demás en flores... ¡Ah! y este de veinte antiguo pa usté. *(Por un puro que le da).* Debe tirar mu bien.

BIBIA. A ti sí que te tiraba yo, ¡ladrón!

GARBA. ¿No le quié usté?

BIBIA. ¡No fumo! No m'han quedao ni fuerzas pa chupar...

GARBA. Haga usté el favor de entregar este ramo a la señá Celes; m'he acordao de ella. Este otro es pa mi novia... ¿A que esos otros no han hecho lo mismo?

BIBIA. Como que si lo hacen, m'arruinan.

GARBA. Como qu'a delicao me ganan a mí mu pocos.

BIBIA. Has estao mu delicao; pero en cuanto me se pase a mí la primera impresión vas a estar grave de la patá que te voy a dar.

GARBA. ¡Cómo me lo agradece!... Ahí va el ramo, y adiós.

ALAMBI. Adiós, hombre.

GARBA. Ni me ha dao las gracias. ¡Lástima de orsequio! (*Mutis; fondo.*)

BIBIA. Me he quedao sin pulso... y sin sesenta pesetas.

ALAMBI. Nos vamos. que viene don León,

BIBIA. Salir por aquí, y no olvidarse de náa:

CINTI. Descuide usted.

ALAMBI. Hasta ahora.
(Hacen mutis por el lateral izquierda.

BIBIA. Aquí está; a ver si me sale bien.

Don León entra en escena por la puerta del fondo llevando en una mano un puñado de billetes y décimos de la lotería, en la otra mano la lista grande, colgando de su brazo lleva un bastón enorme.

D. LEÓN. ¡No me explico mi mala suerte!

BIBIA. ¿Qué hay, don León?

D. LEÓN. Que ¿qué hay? Un humor de todos los diablos.

BIBIA. Por lo visto, ¿tampoco ha cogido ná en este sorteo?

D. LEÓN. No señor; y no será porque no llevaba décimos. Fíjese usted.

BIBIA. Sí que es mala pata.

D. LEÓN. Treinta y cuatro números yo solo; los fijos de siempre y con la frutera que llevaba un capicúa.

BIBIA. ¿Y nada?

D. LEÓN. Nada, no señor; ¡ni un chico!

ABAMBI. *(Por la puerta del fondo y llevando los décimos en alto.)* ¡Paso; paso a la loca fortuna!

CINTI. *(En la misma forma que su compañero).* ¡Vía libre al cuerno de la abundancia!

D. LEÓN. *(Al verles entrar se dirige a ellos enarbolando el bastón y como dispuesto a vengar en ellos su mala suerte.)* ¿Ustedes aquí? ¡Y que no tenía yo ganas de echarles la vista encima!

CINTI. *(Con el pánico natural.)* No nos erosione, don León, y considere que somos dos seres agraciaos.

ALAMBI. Sí, señor; la lotería jugá al alimón con la señá Celes, es para nosotros un negociejo de primera. (*Por los décimos.*) ¡Miren, miren ustés!

(Alambique y Cintilla muestran a don León los décimos y las listas. Este último, entre incrédulo y sorprendido, depone lo violento de su actitud y coteja con fruición los números.)

D. LEÓN. *(A Bibiano y refiriéndose a un recibo de los que examina.)* ¡Pero si tenía que tocar! Empieza en 4, termina en 3, y suma 13. (*Se guarda el décimo.*)

BIBIA. *(Arrebatándoselo.)* ¿Permite usté que me cerciore? ¡Anda! ¡Pues es verdá!

D. LEÓN. (*Enseñando otro décimo.*) Pues ¿y éste? ¡que le falta un dos para sumar veintiuno!

BIBIA. (*Arrebatándoselo también, temeroso de que quiera guardarlo.*) ¡Le digo a usté!

CINTI. Como que si esto dura un par de añitos más, acabo yo en rey del agremán.

ALAMBI. Y éste está premiao... y éste.
(*Cogiendo los décimos a Alambique.*) Pero ¿es ciertó? Yo voy a ver en la administración si son buenos. *(Mutis, corriendo por el fondo.)*

Al marcharse el Sr. Bibiano, D. León se queda mirando fijamente a Alambique y a Cintilla.—Tan fijamente les mira que parece que los ojos se le van a salir de las

órbitas. Ellos naturalmente se asustan un poco.—El susto aumenta conforme D. León trata sigilosamente de acercarse a ellos.—Al fin logra cojer de una muñeca a Alambique.

D. LEÓN. ¡Venga usted acá, afortunado hortera!

ALAMBI. ¡Caray!, ¡que aprieta usté como si la muñeca fuera de cartón! ¿No ve usté que soy más pequeño?

CINTI. *(Con un pánico horrible.)* Y repare que es usté uno contra dos.

D. LEÓN. Explíquenme ustedes lo de la Lotería; no vuelvan a pasear por enfrente de mi casa, y las bofetadas que tuve el honor de largarles el otro día, son pelillos a la mar... Dicen ustedes que cuando juegan con la mujer del Sr. Bibiano ¿les toca a ustedes siempre?

ALAMBI. Siempre; sí señor.

CINTI. ¡Como que es una mascota!

D. LEÓN. Bueno, entendámonos; ¿cómo es, que siendo una mascota, tiene tan mala suerte su marido?

ALAMBI. Pues porque su marido y ella hace ya mucho tiempo que no... vamos que no... ¡que no hay de qué, vamos!

CINTI. ¡La virtud de la seña Celes no surte efeto si no media el amor!

D. LEÓN. Y entre ustedes y ella... ¿hay algo?

ALAMBI. Chirigotillas na más. ¡Por eso no salimos de los premios chicos... Ahora, que pellizco que consiga Vd. darla, son 30 pesetas seguritas; eso no falla.

CINTI. En el sorteo del primero de agosto, tuvo este la suerte de robarle un beso... y pescó una centena.

D. LEÓN. De modo que el premio ¿está en relación con la caricia.?

CINTI. Eso es; sí señor.

D. LEÓN. ¡Como ella quiera, me toca el gordo!

BIBIA. *(Entra con un montón de duros en cada*

mano haciéndolos sonar especialmente al lado de D. León.) Vamos, que si no los cobro no lo creo...¡ Veinticuatro duritos!...

D. LEÓN. (*Codicioso.)* Voy a comprar un billete para las tres series. ¡Hasta luego! *(Mutis fondo corriendo)*

BIBIA. ¡Tragó el anzuelo!

CINTI. A comprar tres billetes ha ido.

ALAMBI. Por supuesto, que si se entera, nos hace comprimidos.

BIBIA. No habrá cuidao.

ALAMBI. Bueno; si no manda usté ná, nos vam os

BIBIA. Por ahora nada, luego iré a comunicaros mis impresiones.

CINTI. Entonces... ¡adios!

ALAMBI. Adios. (*Mutis los dos horteras.)*

BIBIA. No se me va de la cabeza Garbancete; como no me salga bien el asunto, me he lucido.

BIBIA. *(Mirando a la calle.)* Ella viene... ahora a irritarla con mi desvío...

CELES. (*De la calle.*) ¡Hola! (*El contesta con la cabeza.*) ¿Ha venido alguien?. *(Bibiano hace señas de que no).* ¿Es que no puedes contestarme como Dios manda? (*El hace señas de que le deje en paz.*) No tiés tú la culpa, sino yo que me estoy mirando en tus ojos.

BIBIA. (*Aparte.*) Debo estar la mar de antipático. ¡Ea!, me voy, que don León no tardará en volver ¡Como no me la pegue, me luzco! (*Le dice adiós con la cabeza.)* (*Mutis fondo*)

CELES. ¡Hay que ver! Estése usté to el santo día hecha una esclava pa tener este pago; luego dicen que una es mala... Este hombre le está buscando tres pies al gato... y yo no aguanto más, ¡ea!... con el primero que me dé los buenos días le pongo en ridículo.

D. LEÓN. *Por la puerta del fondo*). Buenos días, Celes.

CELES. (*Aparte.*) ¡Don León! Algo viejo es pa darle celos, pero no importa: ¡ha sío el primero! (*Alto.*) Muy buenos días. *Muy cariñosa.*) ¿Dónde va usted tan de mañanita?

D. LEÓN. A dar una vuelta.

CELES. (*Componiéndose y aparte.*) Que me diga algo, Dios mío.

D. LEÓN. (*Lo mismo.*) Parece que trata de agradarme... ¡Celes!...

CELES. ¡Don León!

D. LEÓN. (*Aparte.*) A mí me es muy violento; por tratarse de la mujer de un amigo... pero... (*Mirando los décimos, que traerá en la mano.*) No hay más remedio; ¡son tres series!

CELES. (*Muy melosa e insinuante*). ¿Decía usted?

D. LEÓN. Nada; que he comprado estos décimos de la lotería, y me he dicho: voy a ver si Celes quiere jugar conmigo.

CELES. (*Apoyándose en su hombro y más coqueta cada vez.*) Tengo muy mala suerte.

D. LEÓN. (*Dejándose querer y abrazándola.*) Peor que la mía no será.

CELES. ¡Usté qué sabe ... ¡Yo soy muy desgraciada!

D. LEÓN. ¿Hace mucho que no la toca a usted?

CELES. ¡Ya he perdido la cuenta!

D. LEÓN. Pues me parece a mí (*muy mimoso*) que juntándonos usted y yo, mal habían de ponerse las cosas para no conseguir un chico todos los meses.

CELES. ¡Qué atrocidá! ¡Un chico al mes!

D. LEÓN. (*Relamiéndose.*) Y meses de dos. (*Abrazándola y mirando al décimo. Aparte.*) Quince mil uno. Yo creo que el chico ya está en casa... Voy por la centena.

(*A ella.*) Celes; hace ya mucho tiempo que ando buscando una socia... para esto de la lotería.

CELES. ¿No juega usted siempre con la frutera?

D. LEÓN. Sí, pero en la vida me ha tocado ni esto. En cambio, jugando con usted, yo creo que me daría suerte.

CELES. (*Coquetona.*) ¡Quién sabe!

D. LEÓN. Señá Celes; me parece a mí que usted me hace rico.

CELES. Me alegraría, porque me es usté muy simpático.

D. LEÓN. Y usté a mí también. (*Aparte.*) Me parece que me estoy metiendo en los premios mayores.

CELES. (*Mira hacia la calle. Aparte.*) Ahí viene Bibiano; a ver si con los celos consigo que me quiera. (*Cada vez más coqueta y sabiendo que la ve su marido, que queda en la puerta con Alambique y Cintilla.*) Pero, don León ¡que lleva usté la corbata torcida! (*Se la arregla.*) (*Haciéndole la corbata.*) Lo que es los hombres, como no tengan al lado una mujer...

D. LEÓN. Sí... efectivamente... (*Aparte.*) El gordo do no digo, pero lo que es una aproximación ya la tengo! (*Achuchándola.*)

BIBIA. *Desde la puerta a Alambique y Cintilla.)* No perdáis detalle, que vosotros tenéis que ir a declarar.

D. LEÓN. (*Fuera de sí.*) ¡Celes, esto de la lotería es muy serio. Vamos ahí dentro y la extenderé la participación.

BIBIA. No me corre prisa.

D. LEÓN. A mí, sí, ¡Estoy deseando extenderla! Vamos. *(Entran por el lateral izquierda.)* (*Bibiano, Alambique y Cintilla entran en la cacharrería. Alambique se asoma y mira por el lateral izquierda.)*

CINTI. ¡Esto va bueno!

BIBIA. No me puedo quejar. Como siga así, dentro de ocho días me pone los diez mil duros en el Banco.

ALAMBI. *(Dejando de mirar y volviéndose, como si hubiera visto algo grave.)* ¡Señor Bibiano! Pa mí que se los pone a usté mucho antes. (*Cuadro.*)

TELON

INVITACION

Al levantarse el telón, se leerá en otro lo siguiente, mientras la orquesta ejecuta la introducción.

Sr. D. Bibiano Bermúdez y señora:

Tengo el gusto de invitar a ustedes al gran baile de trajes que se celebrará mañana, martes de Carnava enl, esta su casa, Salitre, 24, para conmemorar el 56 aniversario del natalicio de mi segunda esposa (q. e. p. d.) Me aprovecho de la ocasión para manifestarles que antes, en y después dəl baile, pueden seguir contando con mi amistad sincera.

Le ruego, por lo tanto, bese los pies de su señora, en nombre mío, multitud de veces, y usted se estrecha la mano hasta hacerse pupa, también en mi nombre. Suyo incondicional,

León del Campo.

(*Mutación.*)

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Al levantarse el telón, aparece una habitación con dos puertas al fondo, dos al lateral derecha y otras dos izquierda en casa de don León, en plena fiesta.—Todos los personajes están en escena disfrazados a capricho y Bibiano de albañil, blusa y pantalón blanco, alpargatas y boina. Isabel está sin disfrazar.

BIBIA. Muy bonito.

CELES. Eso es gusto.

BIBIA. ¡Que se saben hacer las cosas!

INV. 1.º Ahora es cuando vendría bien lo del guateque.

BIBIA. Sí, sí. Pero os advierto que como la casa es pequeña, cá golosina l'ha puesto don León en su sitio. Las ensaimás están en el recibimiento; las malenas las encontraráis en el pasillo, y los mojicones sus los darán en el comedor... ¡Ah!, se m'olvidaba; en la cocina hay unas duquesas.

INV. 1.º (*Haciendo gesto de beber.*) ¿Y de acá?

BIBIA. ¿De acá? ¡Profusión! El morapio l'encontraréis en toas partes. ¡Hasta lo de la tinaja es vino!

INV. 1.º ¡Pues vamos allá!

INV. 1.ª ¡Vamos!

(Mutis invitados.)

MERCE. La que ha venido guapa de verdad es la señá Celes.

CELES. Muchas gracias. (*A Isabel.*) Y tú ¿no te disfrazas?

ISABEL. No me han traído el traje todavía. La modista me ha hecho birria.

CARMEN. (*A Bibiano.*) Y usté, señor Bibiano, ¿por qué viene sin disfrazar?

BIBIA. ¡Pero si estoy disfrazao!

MERCE. ¿De qué?

BIBIA. ¡Bien claro está! Vengo de Juan José... He elegío este disfraz porque no es llamativo... Y qué, ¿no han venío vuestros novios?

CARMEN. No señor; mi padre se ha empeñao en no dejarles venir.

ISABEL. L'ha tomao con ellos.

CARMEN. A ver si se le ocurre a usté algo para que puedan entrar.

ISABEL. Al que está en la puerta le ha dicho que sin tarjeta no pase ni uno.

BIBIA. ¿Y tienen que pasar los tres?

ISABEL. No señor; Alambique y Cintilla nada más.

MERCE. Mi novio tiene tarjeta. Anoche le pude quitar una a mi padre, y se la mandé.

BIBIA. Hombre: me alegraré que vengan.

MERCE. Usté los quiere mucho, ¿verdad?

BIBIA. Mucho; sobre tóo a tu novio; a ese le visto y le calzo.

CELES. ¿Pero va a venir Garbancete?

MERCE. Sí, señora, vendrá; es decir, no sé si habrá venido. Yo le dije que no se acercara a mí para que mi padre no lo notase; y como no sé el disfraz que trae...

BIBIA. No; y aunque lo sepas ¡cualquiera le habla a ese con desimulo!

CELES. Pero ¿cómo te has podido enamorar de un zoquete así?

MERCE. Pues mire usté, es muy buen muchacho; en ocho meses que llevamos de rela-

ciones se ha portao muy bien conmigo. ¡Todavía no he tenido que levantarle la voz!

CARMEN. Se entienden con los ojos.

ISABEL. Y con las manos.

MERCE. No las haga usté caso; todo eso es envidia porque sus novios no pueden venir.

ISABEL. Vendrán, porque el señor Bibiano hará lo que pueda, ¿verdad?

BIBIA. Desde luego. Pero callarse que alguien se acerca.

CARMEN. Es papá.

D. LEÓN. *(Entrando. Disfrazado de Comendador ridículo.)* Buenas noches.

CELES. Don León, está usté imponente.

D. LEÓN. (*Aparte.*) Le ha hecho efecto el trajecito.

BIBIA. *(Arrodillándose.)* ¡Comendador, que me pierdes!

D. LEÓN. Niñas, entrad ahí un momento, y haced los honores mientras yo saludo a estos amigos.

MERCE. Vamos, papá. *(Mutis fondo derecha.)*

ISABEL. Que no se le olvide a usté el encarguito. (*Mutis.*)

BIBIA. Descuida.

CARMEN. Hasta luego. *(Mutis.)*

D. LEÓN. *(Mirando a Celes.)* Está que reconforta.

CELES. (*Mirando a don León.*) ¡Está hecho una facha!

BIBIA. Le juro a usté que no creí que estaba tan bien formao.

D. LEÓN. (*Presumiendo.*) No estoy mal, ¿verdad?

BIBIA. Desde donde yo estoy, me se antoja usté un cromo. ¡Hay que ver qué formas! ¡Si parece que está usté guatao! Fíjate, Celes. qué curvas. Esto es esbeltez, y no yo que parezco un espantapájaros.

CELES. Tié razón mi marido; está usté muy bien o por lo menos a mí me gusta usté mucho con ese traje.

BIBIA. Comprendo que te guste, porque está de primera... Pero aquí, en confianza, don León, ¿no lleva usté na

D. LEÓN. Se lo juro a usted; puede tocar y convencerse.

BIBIA. (*Tocándole.*) Pues es verdad; toca, Celes; verás qué duro. (*Aparte.*) Yo no puedo hacer más.

CELES. No hace falta; se le ve a simple vista.

D. LEÓN. (*Presumiendo.*) No; no estoy mal; es cierto... Pero su señora es definitiva.

BIBIA. Sí, pero ya quisiera tener la dureza de usté.

D. LEÓN. Pues así... a simple vista...

BIBIA. ¡Engaña!... Toque usté; toque usté y verá.

CELES. (*Por Bibiano.*) ¡Este tío me está tentando!... (*Y por don León que la toca nn brazo.*) Y éste, también... Pero, ¿yo he venido a bailar o a que me den masaje? Y el organillo, ¿cuándo viene?

D. LEÓN. A propósito de él, iba a pedirle un favor al señor Bibiano.

BIBIA. Usted me manda. ¿Qué hay que hacer?

D. LEÓN. Pues que han quedao en traerle a las nueve, y aún no le han traído.

BIBIA. ¿Y quería usté que yo m'acercase en un momento a ver qué pasa?

D. LEÓN. Si fuese usté tan amable... Es ahí al lado.

BIBIA. Sí, sí; ya lo sé; no faltaba más; ahora mismo voy. (*Aparte.*) Quiere echarme. Yo les dejo solos. (*Alto.*) Bueno pues...

CELES. ¿Pero te vas?

BIBIA. En seguida vuelvo. Ya has oído: en cuanto arregle lo del manubrio, aquí estoy. Le dejo a usté mi señora. (*Empujándola hacia don León*).

D. LEÓN. Vaya usté tranquilo.

BIBIA. Ni que decir tiene.

D. LEÓN. *Aparte*. ¡Es un infeliz!

BIBIA. (*Volviendo a empujar a la señá Celes.*) Que no la deje sola ni un momento.

D. LEÓN. Le repito que vaya tranquilo.

BIBIA. (*Echándola encima de don León.*) Pues ahí la dejo *(Aparte.)* Creo que cuando vuelva... Me figuro que... Vamos, ¡que yo no puedo hacer más! *(M. fondo izqd.)*

D. LEÓN. (*Aparte.*) ¡Un poco de suerte, Dios mío, que mañana sale! (*A ella.*) ¡Celes!... Por fin, puedo hablar con usted a solas.

CELES. ¡Ay! don León, no me mire usté de esa manera (*Huye.*)

D. LEÓN. ¡No huya usted de mí, o no miro lo que hago! (*En este momento la alcanza y la abraza.*)

CELES. Pero ¿qué hace usté?

D. LEÓN. No lo sé; ¿no ve usted que no miro lo que hago?

CELES. Pues debía usté mirarlo.

D. LEÓN. El amor es ciego (*La abraza.*)

CELES. Pues debía ser manco, ¡que s'agarra usté como si estuviera naufragando!

D. LEÓN. ¡Celes!... Es usted una mujer incomprensible; tan pronto rechaza usted mis caricias como las acepta; hay momentos en que la tengo rendida de amor, y luego, en seguida, huye de mi y se me muestra esquiva...

CELES. Yo...

D. LEÓN. Sí, usted, no lo niegue; ahora mismo me está usted rechazando, y en cambio ayer, cuando fuimos dando un paseo hasta Chamartín de la Rosa, estaba usted rendida.

CELES. Y usté.

D. LEÓN. Yo lo estoy siempre... Mi amor no es cosa de juego. (*Aparte.*) Mañana sale, Dios mío. (*A ella.*) Yo necesito que usted me quiera; sin su cariño se me va a hacer muy difícil la vida. (*Aparte.*) Como que me he jugado hasta ta última

peseta. (*Alto.*) No sea usted ingrata; yo necesito que hoy mismo, que mañana lo más tarde, antes de que salga la lotería, digo, antes de que salga el sol, me quiera usted.

CELES. Va a ser muy pronto.

D. LEÓN. Celes; me está usted poniendo en un brete. No quiera usted que salgamos mañana en el *Heraldo*... Considere usted que estoy armado, que llevo en el cinto espada... Considere usted que puedo desnudarla.., y, una vez desnuda, no respondo de mí.

CELES. Don León, por Dios, lo que que usted quiere no es posible; mi marido no se lo merece; él gasta bromas con todas, pero al fin y al cabo me es fiel.

D. LEÓN. Eso cree usted.

CELES. Eh; ¿qué dice usted?

D. LEÓN. ¡Fiel! (*Aparte.*) Yo le armo un lío. (*Alto.*) Me da usted lástima.

CELES. Por que vamos a ver, ¿por qué?

D. LEÓN. Porque sí; Porque vive usted engañada; porque Bibiano, a quien usted cree fiel, no lo es.

CELES. Sí lo es.

D. LEÓN. No lo es. Bibiano juega al futbol con su cariño; tiene un amante.

CELES. Si me demuestra usté que eso es verdad, juro amarle. Hasta entonces no me hable usté de amor.

D. LEÓN. (*Aparte.*) Caramba, con esto no había yo contado; se me va a echar encima el sorteo. ¡Celes!...

CELES. Ni una palabra más.

D. BEÓN. Se lo prometo a usted; no hablaré ni una palabra. *(La abraza.)*

CELES. Bueno; ¡pero tampoco accione!

D. LEÓN. ¡Celes!...

CELES. Calle usté, que vienen invitados.

D. LEÓN. Son las oficialas de la modista del prin-

cipal que han organizado una comparsa de pescadoras.

MÚSICA

Y en efecto, entran las modistas disfrazadas de pescadoras con su caña y todo. El traje debe ser como para que las pesquen a ellas.

(EL CANTABLE EN LA PARTITURA)

Hablado

D. LEÓN. Estas, no saben lo que se pescan.

CELES. Están muy guapas.

MANUE. (*Entrando. Es una criadita limpita pero sin vestir con lujo.*) Señorito, ahí fuera está el Sr. Ramón, el portero; viene con una máscara y dice que quiere ver a usted.

D. LEÓN. Diles que pasen. (*Mutisde la criada.*) Pero antes de que entre nadie, oígame usted bien, Celes, esta misma noche será mía.

CELES. Eso, lo veremos.

D. LEÓN. Lo veremos; usted no me conoce, no me conoce, no me conoce.

RAMÓN. (*Que oye las últimas palabras de don León.*) ¡La está dando broma! No me conoce, no me conoce... (*Mirándole.*) Pero si es don León. Está hecho un mamarracho pero se le ve en seguida. (*Por Celes que se ha puesto la careta.*) ¿Quién será esta máscará?

D. LEÓN. Usted dirá señor Ramón lo que quiere de mí.

RAMÓN. ¿Se puede hablar?

D. LEÓN. Con franqueza; sí. Esta mascarita es la señora Celes

CELES. (*Quitándose la careta.*)Hable usté señor Ramón; hable usté.

RAMÓN. ¡Arrea! La cacharrera; está que descacharra.

D. LEÓN. Bueno usted dirá.

RAMÓN (*Desde la puerta.*) Pasa. (*Jesusa entra.*)

Es mi mujer; la Jesusa. Quítate la careta, es la señora Celes...

JESUSA. (*Jesusa se quita la careta y baja el capuchón dejando ver la cabeza y cara que debe ser horrible.*) Buenas noches, don León; caramba señá Celes y que guapa que está usted.

CELES. Usted también viene muy mona, ¿verdad don León?

D. LEÓN. ¡Monísima!

RAMÓN. Muchas gracias. Está elegante na más; ella quería venir disfrazá de locura, pero a mí no me ha gustao el trajecito. Pues es precioso, ¿verdad señá Celes?

CELES. No sé como es.

JESUSA. Pues un traje de muchos colorines y lleno de cascabeles.

RAMÓN. Que es precisamente lo que no me ha gustao del disfraz; no me ha parecío bien ponerla cascabeles.

D. LEÓN. Tiene usté razón; así está mucho mejor.

RAMÓN. Bueno pues venía a ver si permitía usted que se quedase un rato.

D. LEÓN. No faltaba más; ya lo creo. Y usted también.

RAMÓN. No puedo, muchas gracias. Tengo que atender la portería.

D. LEÓN. Como usted quiera.

CELES. Vaya usté tranquilo que no la pasará nada; yo tendré cuidado de ella.

RAMÓN. Bueno, pues ponte la careta y guarda el incógnito y si te sacan a bailar no te olvides de la moral, y de que estoy abajo.

JESUSA. Vete tranquilo; sé hacerme respetar.

D. LEÓN. Pasen ustedes por aquí, y usted, señor Ramón, tomará una copita antes de irse.

RAMÓN. Con mucho gusto. (*Entra por el fdo. dcha.*)

D. LEÓN. Pase usted Celes y no olvide que hoy sera mía.

Entran Bibiano, Alambique y Cintilla, estos últimos completamente desfigurados: uno trae una guitarra y Alambique un violín; figuran ser ciegos.

BIBIA. Pasad por aquí y a ver cómo os portáis, no me vayáis a descubrir.

ALAMBI. Descuide usted señor Bibiano; pa eso de los secretos semos dos panteones.

BIBIA. Vosotros hacéis lo que ya os he dicho; lo demás corre de mi cuenta.

CINTI. Pero ¿cómo se las ha arreglao usted?

BIBIA. Muy sencillo... don León me encargó que avisare al manubrio; yo he hecho lo contrario, he dicho que no le traigan ya. Sus he buscao a la vez que estos instrumentos y ahora le diré a don León que sois dos ciegos que estábais tocando en la calle y en vista de que no teníamos piano sus he contratao.
¡Me parece que el plan no puede ser mejor!

ALAMBI. !Es usted diábólico!

BIBIA. De este modo veis a vuestras novias y sois testigos de la infidelidad de la señá Celes.

CINTI. De modo que eso va bien, ¿eh?

BIBIA. De primera. Don León no la deja ni un momento; ella se resiste; pero como mañana es el sorteo don León redobla el asedio... Sentaos ahí y esperar no vayais a estropear el asunto... Ya sabéis; sois dos ciegos de la calle... Voy a decírselo a todos, pa que no sus confundan con dos máscaras. Ahí quietecitos.

CINTI. Diga usté, señor Bibiano, ¿don León esta disfrazao?

BIBIA. Sí; de Comendador. Está pa matarlo... Voy en su busca... A ver lo que hacéis.

ALAMBI. Descuide usted.

BIBIA. No olvidarse de que sois dos ciegos musicales. *(Mutis fondo derecha.)*

ALAMBI. Me se ocurre una cosa.

CINTI. ¿El qué?

ALAMBI. En cuanto entre don León me echo a sus pies de rodillas y como está vestío de Comendador le digo aquello del Tenorio *(Declamando.)* «Seré esclavo de tu hija.»

CINTI. Te va a decir que tié bastante con la criada.

ALAMBI. «En tu casa viviré»...

CINTI. Te va a llamar gorrón.

ALAMBI. Y le hincho un ojo...

CINTI. Eso no es del Tenorio.

ALAMBI. No, pero no hay derecho a hacer lo que hace con nosotros.

CINTI. Cuando nos lucimos es si nos manda tocar algo.

ALAMBI. Por eso no t'apures.

CINTI. ¡Ah! ¿Pero manejas el estradivarius?

ALAMBI. Que si lo manejo? Con este instrumento ejecuto una gavota que la oyes después en la Sinfónica y crees que es un tango, ¿Quieres que toque?

CINTI. ¿Has dicho gavota? ¡Ataca que t'acompaño!

La orquesta ejecuta una gavota ridícula del efecto cómico mayor posible. —Durante ella, salen los personajes y hablan sobre la orquesta.

MERCE. (*Trayendo de la mano a Garbancete que viene vestido de astrónomo.*) Escóndete aquí, que en esta habitación no te verá mi padre.

GARBA. (*Por Alambique y Cintilla.*) Quiénes son esos?

MERCE. Los ciegos que ha traído el señor Bibiano.

Mutis segundo término derecha. Salen por el fondo derecha Celes y Jesusa.---Vienen con las caretas puestas.

CELES. Venga usté por aquí, señá Jesusa, que nos vamos a reir un rato; verá usté qué broma más graciosa.

JESUSA. Estos deben ser los ciegos.
CELES. Sí; ellos son. No hay cuidao ninguno. *(Mutis por la primera izquierda.)*
ALAMBI. Otra parejita. Les atrae la música.
CINTI. ¿Quienes serán?
ALAMBI. ¡Vete tu a saber!

Por el fondo derecha, entran en escena, Isabel y Carmen La prímera, con un disfraz en la mano.

CARMEN. Póntele aquí mismo, que estos son los ciegos.
ISABEL. Creí que no le traían.

Isabel se pone el disfraz, quedándose antes en cubrecorse y enaguas.

CINTI. ¡Oye! ¡Que son ellas! Y se va a desnudar tu novia.
ALAMBI. Eso veo. Bueno, supongo que cerrarás los ojos de verdad.
CINTI. Descuida; hasta que me avises no los abro.
ISABEL. (*Desnudándose.*) ¿Has podido hablar con el señor Bibiano.
CARMEN. Ni un momento.
ISABEL. Verás cómo no van a venir.
ALAMBI. ¿Sigues con los ojos cerraos?
CINTI. Sí hombre, sí. No te apures.
ALAMBI. Es que como los abras te doy con el violín en la cabeza.
CINTI. No voy a tener más remedio que abrirlos porque con ellos cerraos me pierdo.
ALAMBI. Entonces, vamos a dejarlo.
CINTI. Por mí...
ALAMBI. Pues, ¡fuera! (*Cesa la música.*)

HABLADO

CARMEN. ¡Qué lástima! Era agradable la musiquilla.
CINTI. ¿Y tu? ¿Tienes los ojos cerraos?
ALAMBI. De par en par; no puedo abrirlos más.
CINTI. ¿Quieres cerrarlos un poco y los abro yo pa que descanses?

ALAMBI. No; gracias.

CINTI. Como quieras; pero como siga así con los ojos, me voy a dormir.

ALAMBI. No importa; sigue así. (*Se levanta y a tientas va hacia Isabel a la que abraza.*)

ISABEL. (*Asustada.*) Pero ¿que hace usted?

ALAMBI. (*Con voz fingida.*) ¡Soy el cieguecito!

ISABEL. Ya lo sé.

ALAMBI. (*Sin dejar de abrazarla.*) Y he venido a tocar.

ISABEL. Ya lo estoy viendo.

CINTI. (*Que abre los ojos y ve la faena de Alambique.*) Eso no; yo no hago el primo, porque también soy de la orquesta. (*Se levanta y abraza a Carmen.*)

CARMEN. Pero ¿que hacen ustedes?

CINTI. ¡Soy el cieguecito!

CARMEN. Cualquiera lo diría

ALAMBI. ¿Pero es posible que no nos conozcáis? (*Descubriéndose.*)

ISABEL. ¡Alambique!

CARMEN. ¡Cintilla!

ISABEL. ¿Pero como estás aquí?

ALAMBI. Axfisiándome.

CARMEN. ¿Cómo habéis entrado?

CINTI. El señor Bibiano nos ha traído.

ISABEL. Pasad a este cuarto y nos explicaréis todo.

CARMEN. Sí, mejor es que no os vea aquí mi padre.

(*Entran por segundo término izquierda.*

D. LEÓN. (*Por fondo derecha.*) Se ha escondido pero no la vale. (*Viéndolas salir con el disfraz cambiado.*) Estaba ahí ¡Ya es mía! (*Se dirige a la señora Jesusa que él cree Celes.*) Celes, tengo que hablar a usté de un asunto urgente. (*A Celes que él cree Jesusa.*) Perdone usted un momento señora Jesusa. (*A Jesusa que cree Celes.*) Pase usted y tomará un dulce. (*Mutis don León y Jesusa por la primera derecha.*

CELES. (*Quitándose la careta y poniéndosela*

BIBIA. Pero hombre, si ahora mismo salió con usted.

RAMÓN. Es inexplicable; no he hecho más que salir un momento a la calle y al entrar en la portería ya no estaba.

BIBIA. Habrá vuelto a subir.

RAMÓN. Es fácil... Voy a ver si está por ahí dentro. (*Medio mutis foro derecha.*)

BIBIA. Hombre ya que ha venido usted me va a hacer un favor.

RAMÓN. Usted dirá.

BIBIA. Me va usted a servir de testigo.

RAMÓN. ¿De qué se trata?

BIBIA. Decírselo vosotros que la emoción no me deja hablar.

ALAMBI. Se trata de sorprender a la señá Celes que l'ha dao por flirtear con don León.

BIBIA. Sí señor, y estoy dispuesto a pedir el divorcio.

RAMÓN. ¡Atiza!

BIBIA. Su testimonio será valiosisimo. Mírelos usté, paecen dos tórtolos. (*Señalando primer término derecha.*)

RAMÓN. ¡Remillán! ¡L'ha dao un beso en la diestra!... ¡Don León! (*Llamando*) Carmen.. Isabel, Mercedes, ¡aquí todos! *(Salen invitados.)*

BIBIA. Pero, ¿qué va usté a hacer?

RAMÓN. ¡Confundirlos!

D. LEÓN. (*Aparece en la puerta del primer término derecha en actitud arrogante y caballeresca con la espada desenvainada.)* ¿Qué ocurre?

RAMÓN. No finja usted tranquilidad, don León; lo sabemos todo.

D. LEÓN. Puesto que lo saben, no fingiré.

RAMÓN. Diga usté a esa señora que salga.

D. LEÓN. Sal; nada temas.

JÉSUSA. (*Saliendo con la careta puesta.*) ¡Mi marido!

BIBIA. No quiero dar escándalo.

D. LEÓN. Mejor es así.

RAMÓN. ¿Está usté convito y confesao?

D. LEÓN. ¡Sí señor!

RAMÓN. Pues mientras el Juez disponga, estará usted al lado de su esposo. (*La coge de la mano y muy ceremonioso se la entrega al señor Bibiano.*)

BIBIA. (*La coge y se la devuelve a don León en la misma forma.*) Yo no puedo admitirla en mi casa; es mejor que se quede con usted, puesto que se quieren.

D. LEÓN. (*La coge de la mano*) Como usté quiera.

GARBA. (*Que no ha oído una palabra pero que ve la acción.*) Deben estar bailando rigodón.

JÉSUSA. (*Aparte a Bibiano quitándose la careta para él solo*). Señor Bibiano, ¡por Dios! ¡Sálveme usté! que yo no soy la señora Celes. *(Bibiano pone la cara de asombro y disgusto del hombre a quien se le han desbaratado todos sus planes.*)

RAMÓN. En medio de todo ha tenío usté suerte... No creí que el señor Bibiano fuese tan pacífico... Si me ocurre a mí, a estas horas está usté en el depósito: *(A D. León).*

BIBIA. (*Que ha estado hablando con Jesusa.)* No tema usté; haga lo que le he dicho y se salva.

ISABEL. *(Saliendo.)* ¿Pero papá qué te ocurre?

CARMEN. (*Idem.*) ¿Te sucede algo?

D. LEÓN. No; nada. Dejadme en paz. Ya estoy oyendo a los de la lista «el gordo en Madrid.»

Durante el diálogo anterior Bibiano y Alambique hablan en voz baja.—Alambique entra por el fondo y al momento sale y dice:

ALAMBI. Pronto, pronto...

Los invitados distraen su atención de lo que hasta ahora

les interesaba y a los gritos de Alambique, que siembran la alarma, dicen:

ISABEL. ¿Qué ocurre?

RAMÓN. ¿Qué pasa?

ALAMBI. ¡Un fuego horroroso! Está ardiendo la casa. *(Se acuesta en un sofá.)*

Aquí se arma un griterío infernal. Las mujeres salen gritando pidiendo socorro. Los hombres las siguen. Unicamente Garbancete queda en escena y al verse solo, dice:

GARBA. Se habrán ido a bailar... Voy a aprovechar este silencio para echar un sueñecito. (*Se acuesta en un sofá.*)
(*Dentro se oye una algarabía infernal.*)

MUTUACION

CUADRO SEGUNDO

Plazoleta: al fondo la fachada de la cacharrería del señor Bibiano. En ella se leerá: «Cacharrería Housse» Esto en grandes letras, y por la fachada, convenientemente repartidos, los siguientes letreros: «Especialidad en soplillos higiénicos». «Serrín pasteurizado.» «El derroche en polvos para insectos.» «Estropajos última novedad.»

Primer término derecha; una farmacia donde presta sus servicios Alambique; en segundo término, también derecha; la sedería de Cintilla; en el primero, se leerá: «Botica» y en el otro establecimiento: «Sedas.» A la izquierda, habrá una tienda de Comestibles; en ella se leerá «Ultramarinos finos y de los otros».—La cacharrería, botica y sedería, con puertas practicables.—Derecha e izquierda del Actor.—Es de día.

(Cintilla, subido a una escalera. limpia la portada de la tienda de sedas. Alambique también limpia los cristales de la botica.)

RAMÓN. (*Saliendo.*) ¡Hola, pollos!

ALAMBI. ¡Adiós, señor Ramón!

CINTI. ¿En qué quedó lo de anoche?

RAMÓN. ¿En qué había de quedar? En que se descubrió que Garbancete fué quien dió la voz de fuego. Y se descubrió porque todo el mundo huyó menos él.

ALAMBI. Ah, ¿sí?

RAMÓN. Naturalmente. Cuando nos tranquilizamos en vista de que lo del fuego era una falsa alarma, subimos a casa de don León y nos encontramos con Garbancete hecho un ceporro, roncando si Dios tenía qué, y a don León dándole mandobles con la espada.

ALAMBI. ¡Pobrecillo!

RAMÓN. Don León requirió mi auxilio y me hizo detenerle por allanamiento de morada, llevéle a la Comisaría, y allí está hasta que vaya un fiador. Bueno; el señor Bibiano ha descendido pa mí hasta el subsuelo. Mia que admitir en su casa a su mujer, constándole como le consta que se ha vuelto cocote.,.

CINTI. Que quié usté; hay seres débiles.

RAMÓN. Eso no es ser débil; es ser otra cosa... Mira, ahí viene; me voy. No quiero ni saludarle.

CINTI. También me voy yo; hasta luego.

BIBIA. (*Entrando*) Estoy que muerdo, Alambique.

ALAMBI. ¡Ya, ya! La cosa no es pa menos.

BIBIA. ¡Tú verás! Como don León se cree que la señá Celes está por sus pedazos y hoy es el sorteo, pues ya no la atosiga, y no atosigándola es imposible prepararle otra emboscá pa sorprenderle.

ALAMBI. ¡Oiga usté!... ¿Y si le dijéramos a don León la verdá?

BIBIA. Oye; es una idea. Pué que tengas razón.

ALAMBI. Sí, señor; y cuando se convenza, como ya estará al caer el sorteo, pué que empiece a trabajar su asunto a la desesperada.

BIBIA. ¡Tiés razón, Alambique! Has tenío una idea de primera... Ahorá saldrá don León, como toas las mañanas, para ir a la oficina, y a ver cómo te las arreglas.

enseguida.) Caiste en la trampa, viejo verde; de esta hecha te mueres del susto.

RAMON. (*Entrando por el fondo.*) ¡Hola, vida! ¿Que haces aquí sola?

CELES. ¡Dios mío! Esto es peor

RAMON. Te aburres, ¿verdad? Ya te decía yo que estos espectáculos no eran pa tí ¿Has bailao con alguien?
(*Celes hace señas de que no.*) ¡Mejor! Eso del baile agarrao no va conmigo; es un pretexto pa abrazar y eso de que le abracen a uno a la señora no está bien.

CELES. (*Aparte.*) ¡Si tú supieras!

RAMÓN. El que quiera señora que se case y así puede abrazarla cuanto quiera... A mí por ejemplo, me da gana de abrazarte: pues te abrazo. (*Lo hace;*) que me se antoja darte un beso; te lo doy. (*Lo intenta, ella huye.*)

CELES. (*Aparte.*) Esto se está poniendo muy mal.

RAMÓN. ¿Porqué huyes?... Vamos sí; te da vergüenza por si viene alguien...
(*Celes hace señas de que sí.*) Bueno pues vámonos pa casa, que allí no hay cuidao de que nos sorprendan.

CELES. (*Aparte.*) ¡Vaya un compromiso!

BIBIA. *(Saliendo por el fondo derecha.)* Qué ¿De retirada?

CELES. *(Aparte.)* ¡Mi marido!

RAMON. Sí, ya nos vamos pa casa... ¿Y su mujer?

BIBIA. Por ahí anda.

RAMÓN. ¡Está la mar de guapa!

BIBIA. No diga eso usted delante de su señora no vaya a encelarse.

RAMÓN. ¿Quién? ¿Esta? No es celosa. ¿Verdad? (*Celes hace señas de que no.*) Sabe que me tié seguro.

BIBIA. No pueden decir eso todas.

RAMÓN. La señora Celes, por ejemplo.

BIBIA. Hombre; pa qué le voy a usted a engañar... ¡Se hace lo que se puede!

CELES. (*Aparte.)* Sí, ¡eh! Ojo por ojo y diente por diente. (*Empieza a dar abrazos al señor Ramón.)*

RAMÓN. Mujer, tranquilizate, que hay visita.

BIBIA. No; por mí no se prive usté, señá Jesusa. Siga usted, siga usted.

RAMÓN. Entonces con su permiso. *(Se abrazan).*

BIBIA. Bueno, yo me voy... El quinto no estorbar.

RAMÓN. No; los que se van semos nosotros...

BIBIA. Adios entonces y... que aproveche.

CELES. *(Fingiendo la voz.)* Se hará lo que se pueda. (*Mutis Celes y Ramón por el fondo izquierda.*)

BIBIA. *Buscando por los cuartos y mirando al primer término por el fondo derecha.)* ¿Donde se habrán metío esos?... Y me hacen falta, porque aquí están don León y la Celes y él, aunque va de comendador, paece don Juan. *(Llegando al segundo término izquierda.)* Hombre aquí están.—*(Llamando.)* Venir que m'haceis falta. *(Salen los cuatro.)*

ALAMBI. ¿Qué ocurre?

BIBIA. Pues ná; que la seña Celes por darme achares, no hace más que coquetear y necesito que seais testigos de sus coqueteos *(A Isabel y Mercedes.)* Dejadnos solos que tenemos que deliberar.

ISABEL. Sí; sí. Vamos para adentro no nos echen de menos los invitados. (*Mutis fondo derecha Isabel y Carmen.*)

RAMÓN. (*Por el foro entrando.)* Buenas noches.

GARBA. ¿Usted por aquí otra vez?

RAMÓN Sí; acaba de ocurrirme una cosa mú rara.

BIBIA. ¿Qué le pasa a usted?

RAMÓN. Pues que se m'acaba de perder mi mujer.

ALAMBI. Descuide usté... Eso corre de mi cuenta.

BIBIA. Yo me ocuparé de la señá Celes... Haré lo que pueda por ponerla en el disparadero.

ALAMBI. Ella sale.

BIBIA. Calla y desimula.

CELES. (*Va a la compra con su cesta correspondiente. Hablando a Bibiano.*) Me voy a la compra... A ver si echas un ojo. (*Viendo que no le hace caso.*) ¿Has oído? (*Lo mismo.*) ¡Que me voy a la compra!

BIBIA. Por mí pues irte ande te dé la gana.

CELES. Pero, ¿qué modales son esos? ¿Tú quién has creído que soy yo?

BIBIA. (*Aparte*). ¡Ya salta, ya salta!

CELES. Ya me voy hartando de verdá... Encima de que debías besar por donde yo piso... Pero, ¿tú te explicas esto, Alambique?

ALAMBI. ¿Yo? No señora.

CELES. Tú te has creído que yo soy un guiñapo, y estás errao del tó. (*A Bibiano.*)

BIBIA. ¡Mira, mira! Conmigo no presumas, que tú tiés mucha fantesía.

CELES. ¿Fantasía?... Oye, Alambique; háblame con franqueza; ¿es que soy yo tan fea que a mí no se me puede acercar ningún hombre?... Contéstame.

BIBIA. Señá Celes; a mí me paece usté francamente un bibelote.

CELES. ¿Lo ves? Ya hay uno a quien le gusto.

ALAMBI. ¡Caray, si me gusta!

CELES. Dí la verdá, Alambique... ¿Estoy ya pa tirarme en un rincón?

ALAMBI. Según pa lo que sea, señá Celes.

CELES. Y si yo te diera pie, ¿es muy fácil que tú?...

ALAMBI. ¡Facilísimo: sí, señora! Pero si usté me daba pie, me iba a tener que dar dos patás el señor Bibiano.

BIBIA. ¿Quién, yo? No lo creas; yo no soy de

esos que quien el cariño a la fuerza.

CELES. Bueno; a ver si cambias de proceder conmigo, o de lo contrario no te extrañe que pase algo desagradable.

BIBIA. ¡No habrá cuidao! Estoy convencío de que si no me engañas es porque no puedes.

CELES. ¿Que no puedo? ¡Lo veremos! (*Mutis.*)

BIBIA. Se va que echa chispas.

ALAMBI. Tié razón que la sobra.

BIBIA. Sí; pero el negocio es el negocio. Yo ya la he dejao bien preparada... Cuando venga don León, haz lo mismo con él. Da un vistazo a la cacharrería, que yo en seguida vuelvo.

ALAMBI. ¿Se va usté?

BIBIA. Voy a la Comisaría a ver si sueltan al pobre Garbancete. Debía dejarle allí, pero no soy rencoroso. Hasta ahora. (*Mutis.*)

ALAMBI. Por allí viene la comparsa de las bandoleras... ¡Y que no está guapa mi novia!...

MÚSICA

(EL CANTABLE EN LA PARTITURA)

Hablado

ALAMBI ¡Están de primera!... Se ganan el premio!... ¡En valiente asunto me he metido. Desde ayer estoy hecho una Celestina... Ahí está mi hombre; a ver cómo le preparo,

D. LEÓN. ¡Hola, Alambique!

ALAMBI. ¡Felices, don León! ¿Qué? A la oficina como todos los días?

D. LEÓN. No; eso de la oficina terminó para mí.

ALAMBI. ¿Le han despedido a usté?

D. LEÓN. No, pero me despedirán. No pienso volver... Dentro de una hora seré rico.

ALAMBI. ¿Ha heredao usté?

D. LEÓN. No, hombre; parece usté tonto. Me re-

fiero a la lotería..., si lo de la mascotería de la señora Celes no es una filfa.

ALAMBI. Por ese lao puede usté estar seguro; eso no falla.

D. LEÓN. Pues entonces estoy tranquilo.

ALAMBI. ¿Tranquilo?

D. LEÓN. Sí, Alambique, sí. Ahora ya puedo decírselo a usted; desde el momento que me explicaron esa virtud de la señora Celes, me tracé mi plan: compré todos los billetes que pude, y me dediqué a ella... Trabajo me ha costado; pero, al fin, anoche...

ALAMBI. ¡Ay, don León!

D. LEÓN. ¿Qué ocurre?

ALAMBI. ¡Don León! Yo lo siento mucho, pero le voy a dar a usté un disgusto tremendo,

D. LEÓN. ¿Qué dice usted?

ALAMBI. ¡Lo que oye!

D. LEÓN. ¿Es que no es mascota la señá Celes?

ALAMBI. Eso sí. No tenga usté cuidao ninguno.

D. LEÓN. Entonces le repito que estoy tranquilo.

ALAMBI. Lo que sucede es más grave; es decir, aún tiene arreglo. El sorteo debe ser a las diez, ¿verdad?

D. LEÓN. Sí; a esa hora es. Pero hable usted, que estoy en ascuas.

ALAMBI. No fué la señá Celes la que estuvo anoche de palique con usté.

D. LEÓN. ¡Vamos, hombre!...

ALAMBI. Le digó a usté que no. Fué la señá Jesusa. Cambiaron de disfraz pa prepararle a usté una emboscada, y usté cayó en ella.

D. LEÓN. Ahora comprendo la resistencia en quitarse el antifaz.

ABAMBI. Sí, señor; sí.

D. LEÓN. Por eso no habló ni una palabra.

ALAMBI. ¡Naturalmente!

D. LEÓN. ¡Yo que achacaba aquel mutismo a emoción amorosa!

ALAMBI. Pero aún es tiempo; todavía tiene arreglo.

D. LEÓN. Dice usté bien; aún tengo una hora por delante.

ALAMBI. La señá Celes está en la compra; de aquí a que se sortee...

D. LEÓN. Tiene usted razón. Voy en su busca. (*Mutis.*)

ALAMBI. Va que echa lumbre. ¡En fin; ya veremos en que para tó esto!

JESUSA. (*Va a la cacharrería y mira dentro.*) Pero, ¿es que aquí no hay nadie?

ALAMBI. Estoy yo al cuidao. ¿Qué quié usté, señá Jesusa?

JESUSA. Una botella de lejía.

ALAMBI. El caso es que no puedo entrar.

JESUSA. ¿No te han dejao al cuidao?

ALAMBI. Sí, señora; pero también tengo que echar un ojo a la botica.

JESUSA. Entonces, me voy.

ALAMBI. No, eso no, señá Jesusa. Entre y coja lo que quiera... Usté es de confianza.

JESUSA. Pues voy por la lejía. (*Entra en la cacharrería.*)

PACA. (*Saliendo y dirigiéndose a la botica. Es muy chulona.*) ¡Buenos días!

ALAMBI. ¿Dónde vas, pimpollo?

PACA. A ver esta receta.

ALAMBI. ¿Te corre mucha prisa?

PACA. ¡Mucha!

ALAMBI. El caso es que en este momento no puedo despacharte.

PACA. Iré a otro lao.

ALAMBI. No, eso no; trae p'acá. (*Coge la receta y lee.*) Tú sabes leer, ¿verdá?

PACA. ¡Ay, hijo! ¡Ya lo creo!

ALAMBI. Pues mira entras y... ¿has traído alguna botella?

PACA. (*Enseñando una.*) Esta.

ALAMBI. Muy bien... Pues mira; entras, y a la derecha hay un estante con unos frascos...

JESUSA. (*Saliendo de la cacharrería.*) Pero oye, tú, ¿dónde tié la lejía la señá Celes?

ALAMBI. Debajo del mostrador a la izquierda. (*A Paca.*) Decíamos que a la derecha...

JESUSA (*Volviendo.*) ¿En qué quedamos?

ALAMBI. No es a usté, mujer; usté es a la derecha, y ésta a la izquierda... digo no; al revés.

JESUSA. Pues cualquiera te entiende.

ALAMBI. ¡M'estoy haciendo un lío! (*A Jesusa*). Usté es a la izquierda; eso es.

JESUSA. (*Entrando.*) A la izquierda.

ALAMBI. (*A Paca.*) Y tú, a la derecha verás unos frascos; de uno que pone «Carbonato de magnesia» (*mirando la receta*) «cuatro gramos», le echas así como si estuvieras friendo huevos y echases sal; echas cuatro huevos, digo cuatro veces... (*El lo hace.*)

PACA. Sigue.
(*Lee.*) «Agua de azahar, cien gramos.» En el mismo estante hay un frasco con arsénico; de ese no. Ni le mires, ¿sabes?

PACA. Si no le miro, ¿cómo le voy a ver?

ALAMBI. He querlo decir que no le toques. De uno que hay al lao, azul, que es el azahar, echas un chorro; una cosa así: glu, glu, glu... glu. (*Lee.*) «Jarabe de ruibarbo, 30 gramos»... El ruibarbo está dentro; también tié su letrero. De éste echas otro chorrito, como la metá del anterior; una cosa así: glu, glu, glu... Tóo esto lo echas en la botella.

PACA. ¿Ná más?

ALANBI. (*Leyendo.*) Sí; espera. «Agua destilada, doscientos... Luego verás un botijo y echas como cuatro dedos de agua.

PACA. Está bien.

ALAMBI. Lo que te resulte lo zarandeas un buen rato.
(*Paca entra en la botica.*)

JESUSA. (*Saliendo de la cacharrería.*) Oye, tú; que he buscao la lejía hasta debajo de la cama, y no la he encontrao.

ALAMBI. ¿Ha dicho usté lejía?

JESUSA. ¡Me paece que sí!

ALAMBI. ¿Y no la encuentra usté?

JESUSA. ¡Me paece que no!

ALAMBI. Llévese un estropajo de esos de última novedad, que tóo es pa la limpieza.

JESUSA. Luego volveré cuando esté la señá Celes. (*Mutis*).

ALAMBI. ¡Mia que es fea! La verdá es que don León se merece que le caiga la lotería.

PACA. (*Que sale de la botica con la medicina en la botella.*) Ya está esto.

ALAMBI. (*Cogiendo la botella con verdadero pánico*). A ver, a ver (*Oliendo*) Mira... ¡no huele mal del tóo!

PACA. Bueno; ¿qué te debo?

ALAMBI. No sé qué ponerte. ¿Pa quién es esto?

PACA. Pa un niño d'once meses.

ALAMBI. (*Aparte.*) ¡Pobre creatura! (*Alto.*) Pues míra, le dices a su madre que, si le sienta bien, que te regale lo que quiera, porque tú lo has hecho.

PACA. Pero ¿y si se muere?

ALAMBI. Si se muere, ¡que Dios l'haiga perdonao! ¡Anda hija!

PACA. Pues adiós, y gracias. (*Mutis.*)

ALAMBI. Pero ¿qué veo? Don León y la señá Celes. Voy a esconderme; no les estropee el idilio. (*Se esconde.*)

D. LEÓN. (*Trae del brazo a la señá Celes, y en el otro la cesta de la compra muy llena.*) ¿Sabe usté que esto pesa mucho, vida mía?

CELES. Si es que, embebida con la conversación, he comprao pa tóo el mes.

D. LEÓN. (*Aparte.*) A última hora se me están arreglando las cosas. (*Ella entra en la cacharrería. Mira el reloj.*) Aún falta

media hora para el sorteo. (*Entra tras ella.*)

Al mismo tiempo que entra Bibiano, salen de la sedería Alambique y Cintilla.

BIBIA. ¡Hola! ¿Estáis ahí?

ALAMBI. Nos hemos refugiao pa observar.

BIBIA. (*Sacando una carta.*) Aquí tengo la carta avisando a la sociedá yanki, pa que vengan.

ALAMBI. ¿Y Garbancete?

BIBIA. Ya está en libertá. Le he dejao firmando unos papeles, y ahora viene... Aquí está ya...

GARBA. ¡Señor Bibiano!.., ¡Alambique!... ¡Cintilla! (*Les abraza según los va nombrando.*) ¡Qué noche, chicos, qué noche! Rodeao de estafadores y de ratas.

BIBIA. Me tiés que hacer un favor.

GARBA. Pida usté por esa boca, que lo que ha hecho usté por mí no se paga con ná.

BIBIA. Pues echa a correr, y llevas esta carta. (*Se la entrega.*)

GARBA. Perfectamente. (*Lee el sobre.*) «La fidelidad conyugal. Sociedad de Seguros». Hombre... ¡lo que son las cosas! ¡qué casualidad! Al mismo sitio tengo que llevar esta otra; me lo ha suplicao uno que estaba detenido conmigo. Mire usté. (*Le enseña otra carta.*)

BIBIA. ¿A ver? (*La coge.*)

GARBA. Yo, al principio, me hice el sordo, pero luego pensé, ¡pobre hombre!, y como no me cuesta trabajo, me presté gustoso.

BIBIA. (*Que ha leído la carta escamado.*) ¡Canallas! A mí me da algo... ¡Leed!

ALAMBI. (*Leyendo.*) «Sociedad de Seguros. Todo descubierto. La policía os busca. Quémense documentos. Sálvense fondos, sálvese el que pueda. Yo detenido. Mar-

quesito. Mandar cobrar recibo al primo del señor Bibiano el cacharrero.»

BIBIA. ¿Conque al primo del señor Bibiano? Mira, Cintilla; tú te vas a ir con esta carta a la Comisaría pa que agarren a tóos.,.. ¡Arrea!

CINTI. Al momento. (*Mutis).*

BIBIA. (*A Garbancete.)* Tú te vas a descansar. Las cartas las lleva Cintilla.

GARBA. ¡Ah, bueno, bueno! Adiós y gracias. (*Mutis.)*

BIBIA. *(A Alambique.)* Y tú vete preparando toda el árnica y tóas las vendas que encuentres. (*Mutis rápido a la cacharrería.*

ALAMBI. ¡Sálvese el que pueda!

Se oye dentro un gran estrépito, y al momento salen Celes, Bibiano y don León.

D. LEÓN. Señor Bibiano, que está usté alucinao.

BIBIA. !Canalla!

D. LEÓN. Mire usté que donde ve una traición sólo existe una martingala.

ALAMBI. (*Desde la puerta de la botica.*) ¡Señor Bibiano, que hay mú poca árnica!

BIBIA. Y a tí ya t'arreglaré yo.

CELES. ¿A mí?

ALAMBI. Tié razón; no sea usté injusto. La culpa es de usté.,. Han sío ustés dos vítimas de la avaricia.

D. LEÓN. ¿Víctima?.., ¿Pero la señora Celes no es mascota?

ALAMBI. ¡No señor!

CELES. Oiga; eso lo será usté.

ALAMBI: No se enfade usté, que no es ná malo.

D. LEÓN. (*A Alambique.*)A usted ya le ajustaré yo las cuentas.

ALAMBI. Como me haga usté algo, le cuento al señor Ramón que la del beso era su mujer.

D. LEÓN. ¡No! Eso no. Está usted perdonado.

ALAMBI. ¿Y nos dejará usté seguir las relaciones con sus hijas?

D. LEÓN. ¡También! Por mí os podéis casar ahora mismo. ¡Me voy a la oficina *(Mirando el reloj)* ¡Las nueve y cinco... Me dejan cesante. (*Mutis corriendo.*)

ALAMBI. Y usté desengáñese, señor Bibiano; déjese de seguros. El dinero lo tié usté ahí, en la cacharrería y al lao de su mujer, que pa mí que le quiere a usté de verdad. (*Empujándole hacia ella.*)

CELES. ¡Con toda mi alma! Y bendita sea la hora en que se me ocurrió darte celos, porque así has venío a mis brazos.

BIBIA. ¡De los que no volveré a separarme! ¡Te lo juro!

TELON

Precio: TRES pesetas